

Savater en la UNAM

Conversación con Ignacio Solares

Savater es sin duda un filósofo atípico, un personaje entre dos aguas: el escepticismo y el sentido común. Él mismo achaca esta aparente ambigüedad, con su conocido sentido del humor, al hecho de haber nacido un 21 de junio, a caballo entre dos signos: Géminis y Cáncer, ¡y qué signos! Pero también nació marcado por el influjo de Hermes, dios de las fronteras; ello explica su doctorado en la Complutense con una tesis sobre Nietzsche, su tiempo repartido entre su cátedra en las universidades de Madrid y Euskadi, sus periódicas contribuciones publicadas en El País, sus conferencias impartidas en todo el mundo y sus más de cuarenta y cinco libros publicados, que abarcan el ensayo filosófico, la novela, la crítica literaria y el análisis de la realidad socio-política contemporánea.

Periodista (a mucha honra, dice), ha hecho de la filosofía un género literario; como figura pública se ha colocado siempre en posiciones liberales, en el sentido amplio del término. Dijo alguna vez: “Lo más volteriano en mí, lo más notablemente volteriano, es la pasión por la intolerancia, el aborrecimiento del autoritarismo y de los fanáticos”. Por eso siempre lo sorprendemos con actitudes antiautoritarias, mezclando la ética con la política, leyendo la política desde la ética, lo que le costó el exilio en Francia durante los últimos años del franquismo.

Polemista nato, es un catedrático que presume de “vivir entre la gente” y, sin duda, es el filósofo más leído hoy por los jóvenes. Ha escandalizado a los gurúes de las universidades con su afirmación: “Toda tarea intelectual es humorística”. No tiene reparo en opinar acerca de los temas más escabrosos y no esconde su rechazo y su condena al fanatismo vasco, a pesar de que todos sabemos que la ETA lo ha amenazado duramente en público y en privado.

Fernando Savater gusta de citar a Primo Levi cuando afirmaba que si no existe la felicidad perfecta, tampoco existe la infelicidad perfecta. Por ello él busca, más bien, la “felicidad posible”, que puede proporcionar una ética no para “juzgar a los demás”, sino para “conocerse mejor a sí mismo y al otro”.

Todo esto ha hecho que nuestra Universidad comparta con Savater muchas convicciones, como la de la educación libre —tarea sustantiva de nuestra institución que ha sido retroalimentada constantemente con el pensamiento del filósofo, el académico, el novelista. Savater nos ha enseñado el valor y la importancia que tiene la educación no sólo como un proceso de adquisición de conocimientos, sino además como una tarea de humanización en el sentido más amplio del término: formar individuos que piensen y que, además, reflexionen sobre lo pensado. (IS)



© Barry Domínguez

El miércoles 20 de febrero se presentó en el teatro Juan Ruiz de Alarcón Fernando Savater. Ante un público que abarrotó no sólo el teatro sino también los vestíbulos del foro Sor Juana Inés de la Cruz y de la sala Miguel Covarrubias —donde se habían colocado sendas televisiones—, fue entrevistado por Ignacio Solares y respondió al final algunas preguntas de los asistentes. *Los Universitarios* reproduce para sus lectores un fragmento de la charla con Solares.

Fernando Savater ha estado siempre muy atento al tema de la felicidad humana, que es un tema que nos atañe a todos. Hace unos días escuché que una mujer llamó a una estación de radio para lamentarse de que todas las mañanas la despiertan con un mundo de calamidades y brutalidad y preguntó al locutor que por qué no la dejaban ser feliz, “déjenme el derecho a ser feliz”. ¿Qué le dirías tú a esa radioescucha?, que apague su receptor y se salga del mundo de la globalización o que sea feliz y no se entere.

Hay una copla española que dice: “Si quieres ser feliz como me dices, no analices, muchacho, no analices”. Es una recomendación que puede uno seguir, es decir, la felicidad como anestesia. Cuando uno ni siente ni padece entonces puede sentirse dichoso; en ese sentido, supongo que en una camilla, en un coma benigno, con un gota a gota que le introduzcan a uno con elementos nutritivos e incluso algún relajante para sentirse mejor, pues eso puede ser una forma de felicidad. Yo en eso soy un poco más griego, yo pienso que la felicidad tiene que ver algo con la actividad humana, es decir, que la felicidad es hacer algo felizmente, es vivir como si fuéramos activos felizmente, no sólo de manera pasiva. La felicidad no es que no nos duela nada sino que estemos satisfechos con lo que hacemos, con lo que anhelamos, con lo que alcanzamos. Es una autoafirmación activa de la vida humana. A mí me parece que la Felicidad, con mayúscula, probablemente es incompatible, en el presente, con nuestra realidad de ser mortales. Yo no creo que un ser mortal pueda ser feliz porque se sabe vulnerable, para ser verdaderamente feliz uno tendría que ser invulnerable. O sea, que si yo ahora estoy dichoso, estoy totalmente satisfecho y nada puede alterar esa situación... Naturalmente ninguno de nosotros se atrevería a decir eso por miedo a que el techo, de pronto en ese momento, ¡pum!, se cayera encima. Así pensaban también los griegos. Quizá la felicidad queda, o bien para el pasado —yo puedo decir: “Fui feliz la primera vez que vine a México hace veinticinco años”, y eso nadie me lo puede quitar, ya

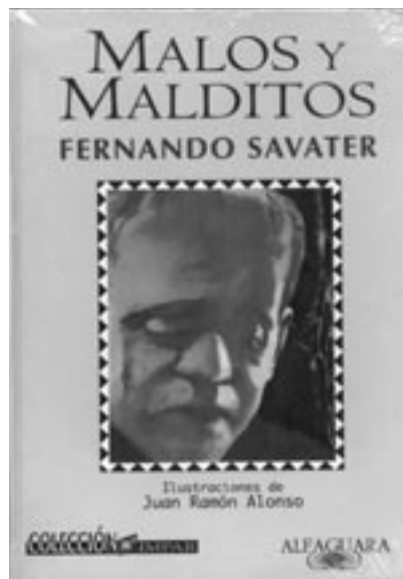


es invulnerable, ya es mío para siempre, la felicidad que yo entonces sentí nadie me la puede quitar—, o bien para el futuro. Puedo decir: “Seré feliz cuando Paquita me quiera como yo la quiero”, y eso, como tampoco ha pasado y puede que no pase, tampoco me lo puede quitar nadie; lo difícil es afirmar la felicidad presente porque, insisto, tendríamos que ser invulnerables para ello. Yo por eso prefiero hablar de alegría; porque me parece que la alegría es una expresión más modesta. Se puede decir: “Ahora estoy alegre”, ya sé que en algún momento y por alguna razón dejaré de estarlo pero eso no quita la alegría que tengo en este momento. Cuando uno está alegre puede estar seguro, y todos lo estamos, de que de alguna manera no va a ser una alegría permanente, eterna, pero no quita que en el momento que uno está alegre lo está y que uno quiere defender esa alegría porque esa alegría en sí misma es algo bueno. Yo me conformo con la alegría, la felicidad ya me parece un poco pretenciosa.

En el Diccionario filosófico, al intelectual lo refieres a la palabra estupidez y yo no sé hasta dónde puede mezclarse en ese sentido. Yo creo recordar por ahí que se dice que Hegel tenía un amigo absolutamente idiota, era su mejor amigo, y que en algún momento

desesperado Hegel lo tomó por el cuello y le dijo: “¿Pero tú crees de verdad que te vas a ir al infierno por haber resistido el deseo de ahorcar a tu madre?”, algo así cuentan... La relación entre estupidez y felicidad es muy estrecha.

Se ha corrido por el mundo eso de que yo en el *Diccionario filosófico* relaciono lo intelectual con la estupidez. Lo que pasa es que hay una voz en el *Diccionario* que habla de la estupidez y comento unas tesis de Carlo M. Cipolla, digo que de alguna forma la estupidez... no se trata de la estupidez en el sentido de la ignorancia común de la persona que no sabe leer, sino de esa especie de incapacidad de ayudarse a uno mismo y de ayudar a los demás acompañada del convencimiento de que uno es la persona más apta para ayudarse a uno mismo y ayudar a los demás. El estúpido no es quien no puede ayudarse a sí mismo —cosa que nos pasa a todos muchas veces—, o quien no logra ayudar a los demás —cosa que con la mejor intención también nos puede pasar—, sino la persona que, no pudiendo hacer ninguna de esas dos cosas, está convencida de hacerlas magistralmente bien, ése es el idiota. Digo entonces que ese tipo de persona es un peligro. El estúpido se puede dar en todas partes pero probablemente otros gremios no intelectuales



—no sé, en carpintería o entre los payasos de un circo— son menos propensos a tener esos defectos que el intelectual, en el que la estupidez es casi una enfermedad profesional como la silicosis de los mineros; es una cosa que verdaderamente viene del ejercicio de lo que estamos haciendo. Por eso en ese capítulo de la estupidez yo he mencionado a intelectuales, por eso al mencionar la palabra intelectual remití a estupidez. La gente maliciosamente lo leyó como si yo quisiera decir que todo intelectual es estúpido, lo cual verdaderamente sería autoflagelatorio.

En este sentido entonces cabría pensar, un poco sartreanamente, que el hombre más que un ser es un quehacer y entonces ese quehacer es el que tendría más bien que ver con la plenitud; más que ese Ser, con mayúscula, al que nos tenía acostumbrados la filosofía, ¿no?

Es que esa señora que decía: “No me busque usted problemas”, como diciendo “Si no me cuentan nada, si no me dicen lo que pasa en el mundo, si no me entero de lo que piensan los demás de mí, si no hago nada que pueda ser criticado o censurado, entonces seré feliz”; quiere decir más bien “Si no hubiera existido sería feliz, porque nadie me pondría problemas”. Y esa es una forma de pensar pero es también una visión aniquilatoria de la vida

humana, y yo creo que a la palabra felicidad todos le damos un sentido positivo, no meramente negativo y aniquilatorio como sería éste. Además, acuérdate de que ese concepto es compartido por mucha gente. Naturalmente la realidad es lo que nos causa problemas, y es dentro de la realidad donde queremos ser felices. Si no existe la realidad, y no existimos nosotros, de dónde va a venir entonces la felicidad.

Esto que mencionas me refiere a un autor que compartimos y nos gusta mucho, Cioran, que tiene un libro que se llama El inconveniente de haber nacido y que a mí me intriga en el siguiente sentido: Cioran dice algo así como que sólo los optimistas se suicidan porque los pesimistas ya no tienen nada que perder. Esto es fuerte, ¿no? Pero no... yo tengo por ahí unas referencias de que se te ha tachado, en algún momento, de escéptico, y tengo aquí un fragmento que tienes en Despierta y lee donde dices que Erich Fromm al denunciar los embelecios ideológicos está más interesado en animar a la gente que en desolarla o abrumarla. ¿Es tu caso?

Yo supongo que tengo fama de optimista y creo que hay un malentendido. Cuando conocí a Cioran y le iba a ver, trataba de convencerle de que yo era muy pesimista, porque Cioran siempre me decía: “Usted es muy optimista” y entonces yo trataba de convencerle... y nunca le llegué a convencer y me di cuenta porque en uno de sus últimos libros, que me dedicó, me lo dedicó diciendo: “A Fernando Savater, agradeciéndole los esfuerzos que hace por ser pesimista”. Con lo cual me di cuenta de que nunca creyó del todo que yo hubiera conseguido ser verdaderamente pesimista. Pero depende de lo que entienda uno por optimismo o pesimismo. Yo por ejemplo entiendo por optimismo el hecho de que una persona está tranquilamente en su casa viendo la televisión y de pronto empiezan a aparecer unas llamas enormes por la habitación de al lado, entonces el optimista es el que dirá: “Bueno, no será nada, será que se han olvidado una tortilla...”, o no sé, o “Ya vendrán los bomberos, porque para eso están los bomberos

que arreglan estas cosas, yo a lo mío, y que vengan los bomberos”. Bueno, yo creo que así es el optimista. El pesimista es el que se levanta corriendo, va a buscar agua al baño, tira de voces por la ventana e intenta descolgarse. Yo me siento más bien como el pesimista, es decir, el que cree que las cosas andan muy mal y que si no hacemos algo para arreglarlas empeorarán, porque no se van a resolver nunca solas. Entonces me parece que todo lo que sea, digamos, aumentar el pánico y la desolación, mejora poco la situación. Reconozco que en ese sentido soy plenamente hedonista, es decir, yo lo que quiero es pasarlo bien y por lo tanto que los demás lo pasen bien porque he llegado a la conclusión bastante obvia de que cuando uno está rodeado de gente que lo pasa bien es más fácil seguir pasándolo bien; mientras que si la gente alrededor está hambrienta, indignada, enloquecida, fanatizada, es difícilísimo pasarlo bien, porque antes o después se vuelven todos contra uno para reprocharle que vaya sonriente, mientras el resto está echando espuma por la boca. De modo que yo prefiero que todo mundo esté muy contento para yo poder estar contento sin molestar a nadie; me parece que eso es bastante obvio. En ese sentido digo que me parece que sí he intentado —introduciendo elementos críticos y de rechazo de muchas cosas— ser estimulante o tónico. Hay autores que estimulan deprimiendo. Por ejemplo, Cioran para mí es un autor siempre profundamente estimulante; él es muy depresivo, él mismo se consideraba depresivo y escribía con morbo depresivo, pero escribía tan bien, o lo hacía tan bien, con un punto siempre tan tonificante, humorístico, etcétera, que su prosa anima, mientras que hay cosas edificantes que deprimen enormemente. Porque yo veo uno de esos programas de televisión en que todo el mundo es bueno, todo el mundo es feliz, todo el mundo es piadoso, todo el mundo es solidario, todo el mundo se quiere, y a mí me entra una depresión y unas ganas infinitas de poner bombas y de destruir el universo. En cambio lees a Cioran y te entran ganas de vivir, te tonifica. De

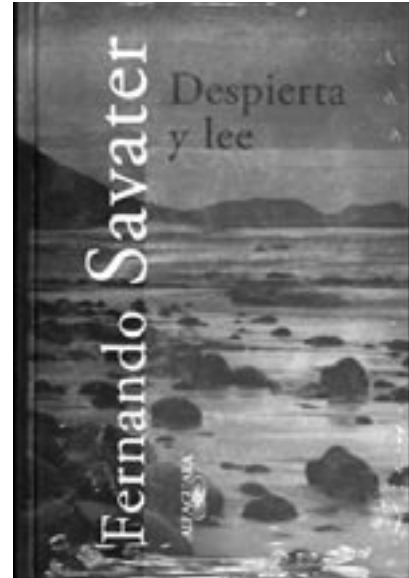
modo que después de todo es verdad que el autor pesimista por excelencia no era Schopenhauer, quien decía que este mundo realmente es el peor de los posibles, el peor compatible con la existencia; que el verdadero autor pesimista era Leibnitz, quien decía que éste es el mejor de los mundos posibles. Eso sí que es pesimismo, decir que éste es el mejor mundo de los posibles, eso sí que es pesimismo. Yo creo que hay un pesimismo activo, y yo me encontraría dentro de los pesimistas activos, pero Cioran no se lo creyó.

En algún momento oí por ahí que el optimista es el que dice: "No podemos estar peor", y el pesimista el que dice: "Sí podemos estar peor". Y entonces nos volvemos a referir a lo mismo, en ese sentido —y lo hablábamos hace un momento— tendría que ver también con la supuesta maldad, ¿no? Es decir, hay ahí una veta muy extraña y tu has, de alguna manera, defendido a los "malos" de la literatura, no sé si a los malos de la realidad pero a los de la literatura sí, y claro, el mundo de la literatura es otro, lo digo por lo que mencionabas de Cioran. Tú puedes ser muy estimulante leyendo a un autor y quizá fuera de la literatura es otro, es decir hay dos mundos: el de la literatura y el de la realidad.

Es que realmente no todos los autores sirven para las mismas cosas. Uno no debe leer a ciertos autores como guía, por ejemplo en el caso de unas elecciones políticas, y decir: "Voy a leer a un autor que me oriente respecto a mis opciones electorales", y leer a Nietzsche o a Cioran. En ese momento no sería acertado. No son los autores apropiados para orientarse en un momento como ése sino que habría que buscar por ejemplo a Bertrand Russell o a John Locke. Me parece que hay autores muy interesantes pero no se les puede utilizar como guía en un momento de confusión práctica en otro campo. Hay que utilizarlos más bien como estimulantes estéticos, como incitaciones o provocaciones para una reflexión que vaya más allá del sentido común. En eso los llamados "malos" de la literatura son interesantes siempre que no se conviertan en otra cosa. A mí

los *Cantos de Maldoror* de Lautréamont me parecen muy interesantes, pero ahí el autor se dedica al asesinato de niños y a la antropofagia. Si uno lo lee como uno de esos sueños que la literatura, de alguna manera, corporiza y nos purga de ellos, que nos sirven para purgar esos sueños, está bien. Ahora, si uno lee el libro de Lautréamont como guía gastronómica para ver qué es lo que tiene que comer a medio día, probablemente va a resultar muy mal la cosa. Hay que conceder que cada autor tiene su fuerza. Antes comentábamos que "los malos", "los villanos", sobre todo en las obras de acción literaria, me suelen parecer más estimulantes y más interesantes, más complejos que "los buenos"; los personajes negativos siempre me han parecido más divertidos, Richelieu o Milady en *Los tres mosqueteros*, que los propios tres mosqueteros junto con D'Artagnan. Así que me parecían más divertidos esos malos, y en otros casos igual. Los malos pueden hacer el bien relativamente, el bien es algo que sabemos todos que es cumplir determinadas pautas, pero el mal puede prestarse a muchas combinaciones diferentes. En cambio, y ahí está el error, yo creo que en la vida real las cosas son al revés, en la literatura los malos son más interesantes que los héroes mientras que en la vida real casi siempre los malos no tienen ningún interés, son brutos, previsible, obscenos, destructivos, y los héroes tienen mucho más interés. Es estimulante ver, por ejemplo, las formas en que algunas personas logran resistir a la tentación de la rutina, de dejarse llevar. En la vida real los interesantes son los héroes y no los brutos, mientras que en la literatura el perverso tiene un plus de interés.

La sombra en la literatura es fundamental. Esto también tiene una veta que podríamos entroncar con lo religioso, el escepticismo también tiene que ver con lo religioso, es decir, si no eres creyente entonces eres escéptico. Aquí tengo una cita en la cual llevo un poco de agua a mi molino, pero que me parece muy interesante. Siempre que veo tu identificación me doy cuenta de que uno de tus autores fundamentales es Bertrand Russell y



creo que hay una notoria influencia en tu obra. En el Diccionario filosófico cierras su ficha, muy sintomáticamente, con una convicción que trasciende este mundo de la realidad, dices: "Ateo como él, estoy convencido de que su alma pasó a la disolución sin sobresalto, pero en caso de existir un más allá tampoco supongo que habría logrado alarmarle ni mucho menos incitarle a la desesperación". Bertrand Russell se hubiera limitado a murmurar ante lo inconcebible: "¡Hombre, mira qué interesante!". ¿Le sucedería lo mismo al ateo Fernando Savater en caso de descubrir, también, una vida después de la vida?

Pues, no sé, es una situación un poco imprevisible pero quiero pensar que sí. Mi ideal de esto es una señora, una libertina francesa del siglo XVIII, de esas señoras que decían cosas muy interesantes, que había llevado una vida de deliciosa impiedad durante todos sus muchos años y que cuando estaba en su lecho de muerte se empeñaron en traerle un cura para que le atendiera y él le dijo: "Anda hija mía...", y ella le contestó: "Pues sí, estoy deseando ir al cielo a ver si Dios gana algo conociéndome personalmente, a ver si mejora la opinión que tengo de él conociéndole en persona". Bueno, eso puede ser lo que me ocurra también a mí, que tal vez pueda mejorar la opinión que tengo de él conociéndole personalmente. ☺

1822

De Flavio González Mello
Dirección: Antonio Castro

Teatro
Juan Ruiz de Alarcón

PROXIMAMENTE

TEATRO UNAM 2002

¡UN NUEVO ESPACIO UNIVERSITARIO EN COYOACÁN!

Presentaciones de libros
y más...

Mesas redondas
Conferencias

¡Conócelo!

CASA DE LAS HUMANIDADES
U N A M



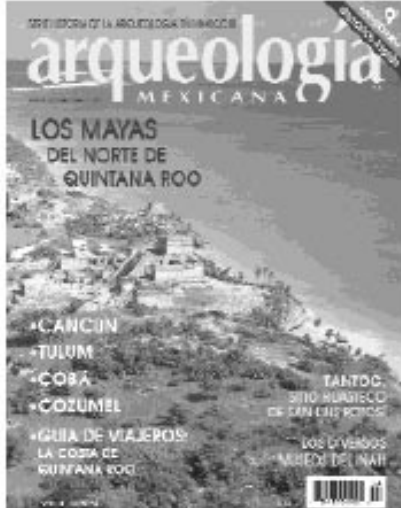
Presidente Carranza 162, Coyoacán
Tels. 5554•8513 y 5554•5579

LOS MAYAS DEL NORTE DE QUINTANA ROO

9º ANIVERSARIO

INCLUYE VERSIÓN ESPAÑOL-INGLÉS

NÚMERO 54, MARZO-ABRIL, 2002



Adquiere en librerías, tiendas de autoservicio y puestos de periódicos.
Informes y suscripciones: Editorial INAH, S.A. de C.V.,
Red de la Ciudad 86, C/d. Lozada de Sordo, C.P. 11200,
México, D.F., tel. 5337-3130, 5337-3004,
5337-3136, exts. 2061 y 2062
www.inah.gob.mx

INAH



Foto: Rita Guerrero

De lunes a viernes
a las 10 de la noche
Repetición: 3:30 de la tarde

C u l t u r a
e n l i n e a

V E M Á S A L L Á

